



EL ATRACO DE CAI

«¡YA VIENE EL SABLZOI,
¡YA VIENE EL SABLZOI, YA SE OYEN SUS PASOS
[MAFIOSOS.
EL TIMO SE ANUNCIA DE GOLPE Y PORRAZO.
YA VIENE, OCIO Y JETA, EL CORTEJO DE LOS
[ESPONJOSOS!».

Así es. La Navidad está a la vuelta de la esquina, y todos, robaperas y mangarranes, buscavidas y sablistas, ya han afilado su ingenio y se disponen a entrarle a la presa. Y cualquier método vale. Basta con poner cara de necesitado, basta con ser lo suficientemente pobre como para no poder instalar un belén de tres kilómetros cuadrados en la propiedad privada. Luego, ya se sabe, se esgrime un protocolo a lo Trento, se le hurga en las partes nobles al prójimo y se le sacan los duros, las tripas y lo que haya que sacarle. La cosa es sacarle, aunque sea de madre.

El lejano montaje de los Reyes de Oriente da sus frutos. Es como si la tradición, adaptada a las exigencias estructurales, se pusiera a dar de vientre y a expulsar sus más bajas heces. Caca, eso, caca, pero una caca con sonrisa y poniendo de testigo las inclemencias del tiempo (la nieve), las inclemencias de la sociedad (los niños desamparados) y tantas otras inclemencias que la imaginación humana no evita poner en juego. Ya digo, la Navidad es una fiesta que dura casi cuatro meses, y en ese tiempo el ciudadano puede romper moldes. El que más tima es el más santo.

Y si hay alguien que consigue arruinar al vecino, bueno, a ese se le canoniza.

Hay quien te dice que no tiene para el pavo y para la sopa de almendras. Otros prefieren contarte su vida, que ya no es vida porque murió su madre de cáncer de mama y se suicidó su hija ingiriendo Azufre Veri. No falta quien aprovecha para rascar un consejo de administración o para meter al socio en la nevera, para que se quede como una garrapiñada. Ya digo, los peores sablistas no son el cartero y el afilador o el espeleólogo (a la hora de trincar se presenta el sujeto más inesperado), no, esos, dentro de lo que cabe, son moderados y se resignan antes que la revolución de izquierdas. Los peores son los que tejen, destejan y vuelven a tejer coartadas sentimentales de tipo nacional. Esos te piden el aguilón para desarrollar un plan o para instalar una presa de la tira de kilovatios en el despacho. Eso, si no te piden millones a fondo perdido, un lote de acciones o darse el lote con tu parienta.

EL TAMPAS



EL ATRACO

Le pescaron en calzoncillos. Al principio no comprendió nada; lentamente fue reaccionando, la amenaza de los meses anteriores se había cumplido. Con temor elevó los brazos y su rostro adoptó un rictus de impotencia. No se atrevió a moverse mientras los hombres recorrían con desenvoltura por el cuarto. Estuvieron a punto de tirarle la tartera con la comida, pero por lo menos no entraron en la habitación donde dormían su mujer y el niño.

Arrancaron violentamente el calentador de butano. Por unos momentos creyó que el piso se iba a inundar, pero uno de aquellos hombres cerró caritativamente el paso del agua. No les importó que la nevera se encontrara desportillada; cargaron con ella y descendieron por las crujientes escaleras. El aparato de radio corrió la misma suerte. Eso era demasiado; todo aquello ocurría justamente cuando «Simplemente María» llegaba al capítulo mil

quinientos y esa tarde se sorteaban entre todas las oyentes unas bragas y un sostén de la protagonista.

Intentó descender una mano hacia su estuche de cuero de soldador, pero se dieron cuenta y le arrinconaron contra el quicio de la puerta.

«¡No, a eso no tenían ningún derecho! Las letras del brasero estaban completamente pagadas una a una. Los atracadores de la empresa de electrodomésticos ni se inmutaron. Tan sólo mascullaron algo de que con eso ni siquiera se cubrían los gastos del protesto, y se perdieron escaleras abajo con el brasero eléctrico.

El descendió los brazos y deseó con todas sus fuerzas que la puerta de la habitación contigua no se abriera antes de que él hubiera salido para el trabajo.

SIR THOMAS



EL BONITO JUEGO DE ADIVINAR A QUIEN CORRESPONDEN LAS FRASES



En esta hermosa esquina de una de nuestras ciudades acaba de cometerse un atraco. Los espectadores del mismo se disuelven pacíficamente hablando de sus cosas. ¿Sería usted capaz de adivinar a quien corresponde cada una de las frases siguientes?

1. Pues en el extranjero es peor todavía: el 45 por 100 de la población es delincuente.
2. ¡Bah! Esto no es nada. Cosa de niños ricos que se divierten jugando a «quiquis».
3. ¡Se han llevado todo lo que me ha costado ganar durante años con el sudor de la frente de mis empleados!
4. No podía ser Humphrey Bogart, porque Humphrey Bogart ya se ha muerto.
5. Yo no he visto nada. Yo no he oído nada. Yo no he oído nada.
6. Ten cuidado, Luisito, porque se empieza así y se acaba uno metiendo en política. Ya lo sabes.
7. Sí, ya sé que otros roban mucho más, pero lo hacen con maneras, que es de lo que se trata.
8. Es que, señorita, del susto se me cortó el pecho.
9. ¿Y por qué no hacen de estas cosas una película con Gracita Morales?
10. ¡Si es que deberían cortarles el pelo a todos los melenudos!

SOLUCIÓN:
1.-D. 2.-F. 3.-A. 4.-I. 5.-H. 6.-E. 7.-E. 8.-J. 9.-C. 10.-G.

ESTO ES UN ATRACO

—Arriba las manos, esto es un atraco—dijo el hombre, apuntando al cajero con una pistola de grueso calibre, disimulada bajo las páginas de un periódico—; si no abre pronto la caja le volaré la tapa de los sesos.

—Sería una pena que estropease usted un periódico nuevo—dijo el cajero, arrebatándole el diario y buscando, ávidamente, las páginas de deportes—. Además, no puedo abrirle la caja, porque no tengo la llave.

—¿Quién la tiene entonces?

—El señor subdirector.

—Perdone, perdone, perdone...—el subdirector tardó media hora en aparecer. Venía vestido de rojo y verde, con una gorra a cuadros, zapatos de clavos y una gran bolsa de golf a la espalda—. Me va a perdonar usted, señor Fritz, pero tengo una partida con el presidente del Phase Manducam Bank, y si le dejo ganar, posiblemente nos otorguen un crédito en eurodivisas. El director general le recibirá a usted ahora mismo, señor Fritz.

—Pero...—el atracador no se llamaba Fritz, pero prefirió no decir nada con tal de que le recibiese el director; éste no se hizo esperar; apareció correctamente vestido de cazador, con un sombrero tirolés y unos zahones de montería.

—¿Qué día, qué día, qué día! No puedo perder ni un minuto; estoy citado a las tres en la sierra de Cazoria con varios ministros extranjeros, ¡con

lo poco que me gusta la caza! Ya se sabe, en cuanto subes unos cuantos puestos en el escalafón, le dan a uno un par de escopetas y, hale, al monte, como si fueses un bandolero. Pero, sígame, le espera nuestro consejero delegado; háblele un poco fuerte porque está ligeramente sordo.

El director general desapareció por un pasillo, silbando a sus perros, mientras el pobre atracador pasaba a un despacho suntuosísimo. Sacando la pistola de la gabardina, el atracador encañonó al viejecito que estaba sentado en un butacón de piel de cocodrilo.

—Señor Fritz, está usted loco, guarde eso inmediatamente—dijo el consejero, rojo de indignación; y en un tono más conciliador—: No piense que viniese a proponernos el negocio de las armas; eso lo lleva nuestra casa de Luxemburgo; además ese modelo de pistola está bastante anticuado, nosotros compramos armas americanas para vendérselas al Vietnam.

—Esto es un atraco, ¡esto es un atraco!—insistió, casi al oído del consejero—; quiero la llave de la caja fuerte.

—Está bien, está bien—aceptó el consejero, alzando las manos—; por ser usted, intentemos colocar su arma en algún país subdesarrollado.

Y cogiéndole la pistola, acompañó al atracador hasta la puerta, dándole golpecitos en la espalda. El pobre atracador se metió las manos en los bolsillos, porque ya no tenía pistola ni periódico, y bajó las alfombradas escalinatas silbando, para disimular.

EL BANCARIO REFRACTARIO